

representaciones de la figura de Santiago como la consideración de un significado cultural más amplio.

La segunda parte del libro completa, en este sentido, la aproximación exhaustiva al fenómeno de la devoción popular a Santiago en México, al registrar la historia local de cada barrio, pueblo y ciudad dedicados al santo o donde se lo venera particularmente, y la forma que ha asumido allí la presencia jacobea. Sólo a partir del ágil y tan bien documentado recorrido de los autores por las grandes zonas santiagueras puede comprenderse el verdadero alcance de una devoción determinada, en gran parte, por circunstancias y momentos históricos específicos. El itinerario por la fiestas patronales, las procesiones y las demás manifestaciones locales de la expresión de la fe en el Apóstol y sus milagros ancla contextualmente este fenómeno de religiosidad popular y permite de ese modo apreciarlo más concretamente, percibiendo desde el lugar privilegiado en que nos sitúan los autores el poder estructurante de la figura del santo en cada comunidad visitada.

El ámbito de las creencias religiosas populares no suele ser tratado con la dedicación y el agudo despliegue analítico que distinguen esta obra debida a Campos y Cardaillac, quienes examinan la devoción jacobea desde sus propios orígenes medievales hasta el presente característico que asume para los mexicanos. El trabajo conjunto de los autores, donde se perciben los aportes metodológicos de las disciplinas de las que cada uno proviene, ha dado como resultado un libro meritorio, que resulta tan erudito como interesante, donde no se deja de lado el estudio de ningún registro –sea escrito, oral, visual– y donde las preguntas formuladas inicialmente no se agotan en respuestas cerradas sino que permiten sucesivos replanteamientos por medio de las perspectivas señaladas por la investigación. *Indios y cristianos. Cómo en México el Santiago español se hizo indio* resulta, por lo tanto, un ejemplo inmejorable –y digno de imitación– de cómo un abordaje interdisciplinario puede enriquecer el examen de un fenómeno cultural tan complejo como el del sincretismo religioso.

CARINA ZUBILLAGA

Universidad de Buenos Aires

ANA PIZARRO, *El sur y los trópicos (ensayos de cultura latinoamericana)*.

Pról. de José Carlos Rovira. Cuadernos de América Sin Nombre, Alicante, 2004.

Aunque indudablemente pródigo en el siglo XIX (Alberdi, González Prada, Sarmiento, Rodó y Martí serían suficientes apellidos para confirmar el aserto), el ensayo latinoamericano se afianza como género

durante el siglo xx con don Alfonso Reyes, José Carlos Mariátegui, Jorge Luis Borges y Pedro Henríquez Ureña en los cimientos; luego vendrá la generación de Ángel Rama, Antonio Candido, César Fernández Moreno, Martha Traba, Julio Cortázar, Octavio Paz, Carlos Fuentes y una larga lista de ensayistas que sirvió de abrevadero a los actuales pensadores de la región. Entre éstos debe destacarse a la discípula del malogrado autor de *La ciudad letrada*: Ana Pizarro.

Deudora y heredera a un tiempo de la tradición, Pizarro ha mantenido una mirada alerta sobre los procesos de la posmodernidad en la cultura, en general, y la literatura latinoamericana, en particular. Como García Canclini, busca desentrañar los avatares de los procesos de generación, difusión, reproducción e intercambio de bienes simbólicos, es decir, culturales. Así, entre la aldea local y la aldea global, entre folclor y arte, entre campo y ciudad, por citar algunas dicotomías que han terminado por mezclarse en una suerte de culturas híbridas, Ana Pizarro desentraña en *El sur y los trópicos* el ser uno y diverso de la cultura latinoamericana, pues “la modernidad tardía no hacía entonces sino poner en evidencia esa escisión de lo uno en lo múltiple que nos perfila”. Y, en una analogía tomada de Fernando Pessoa, agrega: “La heteronimia hace que América Latina sea el área andina, pero no lo sea al mismo tiempo absolutamente, sino que sea ella y al mismo tiempo otras áreas más” (p. 23).

Luego del deslinde conceptual del primer capítulo, Pizarro justifica la reunión de los artículos heterogéneos del volumen comentado: todos son reflexiones que buscan comprender las articulaciones, los nexos, las diferencias, las similitudes y los mecanismos culturales que constituyen la vida cultural en América Latina. Así, *El sur y los trópicos* concentra dos amplios planos de discusión: por un lado, sobre la cultura latinoamericana en general (“La situación cultural de la modernidad tardía en América latina”, “Cuestiones conceptuales: mestizaje, hibridismo”, “América Latina: vanguardia y modernidad periférica”, “Áreas culturales en la modernidad tardía” e “Hispanoamérica y Brasil: encuentros, desencuentros, vacíos”) y, por otro, sobre historia literaria e historiografía (“¿Diseñar la historia literaria de hoy?”, “Interrogar a los textos en el espacio de la historia: periodo y región”, “Entre narrativas: historiografía y ficción”, “Viaje, exilio y escritura”, “Huidobro: noticias del futuro” y “El «invisible collage». Mujeres escritoras en la primera mitad del siglo xx”).

Respecto de la situación cultural de América Latina, Pizarro expresa una constante preocupación por descubrir los vínculos entre los procesos culturales de Hispanoamérica y los de Brasil. En esta búsqueda de la *expresión latinoamericana*, la desincronización entre Europa y Latinoamérica deviene un esfuerzo de autoafirmación en que los regionalismos permean las diversas manifestaciones: la literatura, las artes visuales, el cine, la música. El parteaguas, según Pizarro, sería

el año 1960, como secuela inmediata de la Revolución cubana: a la cultura dominante de Europa y Estados Unidos se le opuso un “*ethos* alternativo” que, con el tiempo, pasó de un cariz político a una disputa por los espacios simbólicos.

El advenimiento de lo que Pizarro llama “la modernidad tardía” fue testigo de la emergencia de sectores sociales bien identificados por sus ritmos y canciones, por su forma de pensar y sentir, por su vestimenta; la mujer adquirió un aspecto varonil muy cercano “a la androginia”; en el extremo contrario y como un estigma, quedaba Hollywood y sus modelos femeninos rebosantes de sensualidad. En los planos político y social, la ciudadanía adquirió un fuerte repunte: los diversos movimientos guerrilleros y revolucionarios, aun cuando fueron aplastados por regímenes dictatoriales, generaron procesos de participación social.

Pizarro insiste en las similitudes entre las áreas culturales de América Latina (andina, caribeña, sudatlántica, lusoamericana...); pero también reconoce las particularidades que producen un entramado complejo de relaciones. En este sentido, analiza la emergencia de áreas de *entre lugar*, como resultado de las múltiples migraciones intercontinentales: los chicanos o los *nuyoricans* en Estados Unidos y las migraciones andinas en Buenos Aires, o las de colombianos en Venezuela, ejemplifican una creciente complejidad cultural en busca de su expresión: “Nuevas identidades se instalan, pues, en la textualidad emergente, que ahora se abre al testimonio –Domitila y Rigoberta ya son un clásico del periodo–, al discurso político-literario –el Subcomandante–, a los textos que incorporan voces de los excluidos: negros, homosexuales, pobres, locos, drogadictos, seropositivos” (p. 98).

En medio de lo que Sarlo llamó la “modernidad periférica”, se gesta junto con la vanguardia la tradición literaria latinoamericana, incluidos los profetas y poetas en exilio (voluntario o involuntario): Huidobro, apenas hace unas décadas descubierto por los chilenos; Vallejo y Neruda, abiertos defensores de la república española. En el interior del continente, tanto regionalistas como cosmopolitas emplean las revistas, las traducciones, las publicaciones, las polémicas, los cenáculos y los debates públicos para apropiarse del escenario de la literatura latinoamericana de principios del siglo xx. Más tarde, éstos se convertirán en los cimientos de una producción literaria de calidad incuestionable: ahí están las oleadas de poetas desde los años treinta hasta hoy, la narrativa del *boom*, el ensayo en constante reafirmación, acaso el género más vigoroso en la región.

Ahora bien, aun cuando los estudios acuciosos sobre la cultura continental, desde la emergencia de la *modernidad periférica* y el advenimiento de la *modernidad tardía* hasta su inserción en el discurso globalizado, Pizarro sugiere cuatro problemas pendientes: a) el de las delimitaciones conceptuales generadas en discusiones, polémicas

o hitos de pensamiento: la noción de América Latina, la idea de una lengua propia, la discusión sobre el indígena, entre muchos otros; *b*) el de los viajes que implica la mirada externa: la *mirada otra*. Algunos viajeros vienen de fuera; otros descubren sus propios lenguajes y culturas; *c*) el de las fronteras, como espacio de contacto donde se desarrolla una cultura específica. En la frontera prospera el *entre lugar* y, por ello, una zona de *entre culturas*; *d*) el de la comprensión de las relaciones culturales, tanto en el plano individual (como el caso de Gabriela Mistral en Brasil) cuanto en el colectivo (por ejemplo, los vínculos en el área conformada por Brasil, Uruguay y Argentina).

Para concluir, habría que reconocer la coherencia interna entre los textos que conforman *El sur y los trópicos*; todos arrojan luz sobre un contexto amenazado por la extrema perentoriedad que la globalización impone en todos los planos (cultural, tecnológico, económico, político...). En este ámbito, sin embargo, la patria grande manifiesta su más profundo ser, aún desgarrado: “al finalizar el xx en América Latina constituimos culturas que, escindidas por una parte y tensionadas por imposiciones externas por otra, van transformando su desgarramiento en vibración estética, consolidando en belleza su irresolución, experimentando de este modo con dolor el parto de sí mismas”.

ANTONIO CAJERO
El Colegio de México

ARCADIO DÍAZ QUIÑONES, *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2006; 526 pp.

Hay libros que son el fruto del trabajo de toda una vida académica; no creo equivocarme si aseguro que es el caso de esta nueva publicación de Arcadio Díaz Quiñones. Es indudable que en este volumen se representa la culminación de varios años de esfuerzo y, al mismo tiempo, un mapa precioso y preciso –casi una enciclopedia– para orientarse en las discusiones intelectuales en el Caribe hispánico desde finales del siglo xix hasta mediados del siglo xx. Pretender abarcar su riqueza en unas cuantas páginas es tarea destinada al fracaso; las líneas que siguen sólo intentan dar un panorama, general y escueto, de las distintas vetas que el libro explora para aquellos que pudieran interesarse en estos temas.

El libro analiza una o varias obras de siete escritores: Pedro Henríquez Ureña (República Dominicana), Tomás Blanco (Puerto Rico), Fernando Ortiz (Cuba), José Martí (Cuba), Ramiro Guerra y Sánchez (Cuba), Antonio S. Pedreira (Puerto Rico) y la visión que del Caribe